

## CAPÍTULO XII

### LOS CAROLINGIOS

ERA IMPOSIBLE que una acción tan profunda como la de la Iglesia sobre el pueblo franco no se tradujese a la larga en las consecuencias correspondientes, apreciables en la vida nacional. Entre la barbarie extrema de la sociedad profana y la soberana armonía de la igualdad religiosa, el contraste era demasiado chocante para poder durar siempre, por lo que todo hacía prever una reacción de lo íntimo del mundo político que, inspirada por el espíritu cristiano, tendría por efecto restablecer el equilibrio, conformando la vida del cuerpo social a las leyes inmutables de su principio espiritual.

En el orden político, el carácter de esta reacción estaba determinado anticipadamente: había de consistir en la terminación del conflicto entre los grandes y la realeza, y en el advenimiento de un régimen que restableciese la paz pública sobre bases duraderas. Resultado tan feliz no podía esperarse por la desaparición de uno de los dos adversarios que se encontraban frente a frente, pues la aristocracia significaba toda la nación, mientras que la realeza encarnaba todo el Estado; una y otra eran elementos esenciales de la sociedad política, y ninguna de las dos podía perecer sin hundir a la otra en una anarquía aún mayor que la que resultaba de su rivalidad actual. Tampoco podía contarse con su reconciliación sincera, pues la razón de ser de la aristocracia era su elevada posición territorial y social, cuyas consecuencias intentaba desarrollar plenamente, mientras que la realeza no cesaba en su empeño de menoscabárselas. Por otra parte, la dinastía merovingia, atascada en las hondas rodadas del cesarismo romano, era incapaz de salir de su atolladero para emprender otra política que estuviera de acuerdo con las necesidades del país; tan intratable como impotente, no sabía ceder en nada, y no soltaba más que lo que le era arrebatado a viva fuerza. Para restablecer la armonía entre la nación y la corona, se necesitaba una dinastía nueva, que encarnase de algún modo las aspiraciones generosas de un porvenir mejor. En el momento en que todo parecía perdido, los francos tuvieron la suerte de encontrarla.

La familia predestinada pertenecía al grupo de los francos ripuarios, quienes se habían quedado a retaguardia durante el siglo de la conquista; ella fué la que devolvió al pueblo el conocimiento de sí mismo y la que lo encaminó hacia sus grandes destinos. Nacida del fuerte tronco de una raza a la que se había inculcado fuertemente el Evangelio, realizaba la unión del espíritu germánico con el cristiano, que era la condición esencial de la civilización occidental. Procedía del meollo de la aristocracia, y había sido, desde sus comienzos, órgano suyo cerca del trono. El día en que asumió el poder tuvo la prudencia de acordarse de los lazos que la ligaban a aquel cuerpo poderoso; gobernó contando con los grandes, y con la confianza que les mostraba supo ganarse y conservar la de ellos. Además lo ilustre de sus antepasados y el mérito de la mayoría de sus miembros la habían designado para el trono mucho tiempo antes de que lo ocupase definitivamente. Su advenimiento cambió el centro de gravedad de la política franca, llevando la preponderancia de la Neustria a la Austrasia y determinando también nuevas orientaciones de la vida nacional. Gracias a ella, la Germania cristiana y libre rompió definitivamente los lazos que la ligaban al cadáver del mundo antiguo, y entró con paso resuelto en el camino de una nueva civilización. Vamos a ver cómo se produjeron estos grandes acontecimientos.

El día en que los esfuerzos combinados de la aristocracia de los tres reinos consiguieron acabar con el despotismo de Brunequilda, había entre los grandes de Austrasia dos personajes cuyos nombres dan siempre juntos los cronistas, y que se nos aparecen, si así puede decirse, como los dioses lares de la familia carolingia. Estos dos héroes se llamaban respectivamente Pipino y Arnulfo, quienes descolando por sus virtudes y talentos, habían intervenido en los principales acontecimientos del siglo VII. La aristocracia austrasiana les había considerado como sus jefes durante la fase más crítica de su lucha contra la arbitrariedad real, y Clotario II había triunfado merced a su concurso. Sabido es, por otra parte, a qué precio llegó a ser reconocido por Austrasia. No quería ésta ser tratada como simple provincia; quería quedar formando una nacionalidad aparte y gozar de independencia absoluta frente a Neustria. Esto era romper la antigua unidad monárquica del reino franco, medida funesta en apariencia, pero saludable en los resultados, ya que, al sustraer a Austrasia de las vicisitudes por las que los débiles soberanos de Neustria hacían pasar al país, le devolvía su iniciativa y le permitía organizarse para restablecer más tarde, en provecho suyo, la unidad

nacional que deshacía hoy. A pesar de sus repugnancias, Clotario II hubo de someterse y enviar a Austrasia a su hijo Dagoberto para que gobernase aquel país con el título de rey.

¿Hay necesidad de decir que un príncipe joven, inexperimentado, extraño al país y que tenía además ante su vista el terrible recuerdo del fin de Brunequilda, no podía ser más que el instrumento de la aristocracia que le había llamado? Pero el poner en tutela a la dinastía merovingia se hizo de la manera más sencilla. Arnulfo y Pipino, representantes de los magnates vencedores, no quisieron, al apoderarse de la dirección de los asuntos públicos, que esto pudiera despertar recelos a la monarquía; prefiriendo la realidad del poder a sus apariencias, se instalaron modestamente en sus funciones de mayordomos de palacio, y con este título, que no evocaba ningún recuerdo desagradable para el amor propio del monarca, gobernaron el reino en lugar suyo y en su nombre. El cargo de mayordomo de palacio ya tenía antes importancia, pero se la dieron ellos mayor al ejercerlo y al hacerlo poco a poco hereditario en su familia. Es conveniente aquí una mirada retrospectiva para entender bien lo que va a seguir.

En su origen, el mayordomo de palacio no era más que el intendente de la casa del señor, o, si se quiere, el jefe de su servidumbre. El rey tenía tantos mayordomos como fincas distintas, y cada uno de ellos tenía a sus órdenes el personal de toda la finca. Ni siquiera era necesario que el mayordomo fuera hombre libre: podía no ser más que un esclavo en jefe, como el *villicus* romano, cuyo nombre era equivalente al suyo. Pero el carácter enteramente personal del poder real entre los bárbaros era a propósito para comunicar hasta a sus menores agentes una parte del brillo del soberano; un rey muy ocupado, o demasiado indulgente, había de llegar a hacerse reemplazar más de una vez en el ejercicio de sus atribuciones públicas o privadas por gentes que tuviesen su confianza, y el mayordomo de palacio se hallaba por naturaleza predispuesto para tan delicada misión.

El soberano apreció muy pronto los servicios que podía prestarle un hombre inteligente y adicto que, siempre al lado de su persona y bajo su dirección, le descargase de gran parte de su peso e hiciese todo el trabajo del poder, dejándole los honores y los placeres. Si tal agente era útil a los reyes, resultaba indispensable para las reinas madres, que tan a menudo estuvieron encargadas de la regencia durante las minorías de los reyes. Así es como de simple jefe de la servidumbre, el mayordomo de palacio llegó a ser a la larga el primer ministro de la corona. Claro es que, desde entonces, la mayordomía

no podía ya ser cosa indiferente para la aristocracia que rodeaba al trono, y ésta no consintió que la dignidad más elevada del reino, después de la del soberano, pudiese ser conferida a voluntad del capricho real y sin tener ella intervención en tal designación. El rey hubo de tener en cuenta las exigencias de los grandes, y, si no les consultó cada vez la elección que hacía, no es menos cierto que se guardó muy bien de designar a quien les hubiera desagradado. De este modo, la mayordomía de palacio se deslizaba insensiblemente de las manos del rey a las de los grandes. En lugar de ser el hombre de confianza del soberano, el mayordomo de palacio tendía a convertirse en mandatario de la aristocracia cerca del trono, y la realeza empezaba a sentirse coartada y dirigida por su propio agente.

En el momento en que la mayordomía tocaba a esta fase de su desarrollo, llegó en Austrasia a manos de la familia carolingia. Para conseguir disponer a título hereditario de una dignidad tan alta, en medio de la aristocracia más recelosa e inquieta que hubo jamás, era preciso un concurso feliz de circunstancias propicias y una coincidencia rara de los dones más preciosos de la inteligencia y del carácter. Y la familia carolingia tuvo todo esto en grado eminente. Las cualidades personales de sus fundadores la rodearon de un esplendor semejante a aquel con que brillaban, entre las naciones paganas, las dinastías procedentes de sangre divina. Había dioses en el origen de la familia merovingia, pero hubo santos en la cuna de los carolingios, y, a los ojos de los francos convertidos al Evangelio, la santidad era un título más digno de respeto que un vano recuerdo mitológico. Arnulfo y Pipino habían fundado sobre sus virtudes los derechos de sus descendientes; ambos gozaban de un crédito sin límites entre su pueblo, y la marcha de Arnulfo a la soledad fué considerada por la nación entera como una calamidad pública. La popularidad de Pipino no era inferior a la de su glorioso compañero. El seco y árido cronista de aquella época levanta la voz y encuentra acentos casi conmovidos para celebrar a este hombre ilustre que Austrasia lloró como si hubiera sido su rey<sup>1</sup>. A Arnulfo y a Pipino es a quienes los francos de esta región atribuían su rescate del odioso yugo de Brunequilda, como también los hermosos días que brillaron durante la juventud de Dagoberto. Este rey, según dice Fredegario, vivió feliz y respetado mientras escuchó los consejos de aquéllos, y degeneró en un tirano vulgar desde que se

<sup>1</sup> FREDEGAR., *Chronic.*, c. 85.

alejó de su influencia <sup>1</sup>. ¡Hasta tal punto se acostumbró el espíritu popular a reconocer el influjo bienhechor de aquellos dos personajes venerados, en quienes la opinión saludaba unánime a los padres de la patria!

La familia carolingia tuvo la gran fortuna de reunir muy temprano en su seno a los descendientes de Arnulfo y a los de Pipino, heredando así el prestigio de ambos. Salida de dos troncos tan gloriosos, era desde entonces la verdadera familia real de Austrasia. ¿Qué valor había de tener ya, en comparación con sangre tan generosa, la de Chilperico y Fredegunda? La Germania cristiana se complacía en admirar su propio vigor moral en los miembros de la familia carolingia; brillando por su fuerza y su inteligencia, aparecían como los frutos más sabrosos de una raza regenerada por el cristianismo, pues representaban esplendorosamente las cualidades más puras y más elevadas. Había algo que entusiasmaba en el contraste entre la serena belleza de aquellas almas llenas de nobleza y la bestial degradación que deprimía la frente de los merovingios, quienes, como meros reyes de carne y sangre, no aspiraban más que a los goces materiales. “¿Cuándo se ha oído decir —exclamaban con una carcajada los cortesanos del joven Teodoberto II— que un merovingio se haya hecho monje?” <sup>2</sup> Por el contrario, la vida monástica, que realizaba el ideal de la perfección cristiana, parecía tener encantos irresistibles para los descendientes de Arnulfo y de Pipino. Ni aun en la cima más elevada de las prosperidades humanas perdieron de vista las cosas de la eternidad, y toda una pléyade de santos y santas florecieron en las múltiples ramas del tronco carolingio. En esto reside la explicación de la extraordinaria popularidad que desde el principio rodeó a esta familia, pues era la expresión más viva de la reacción cristiana y nacional contra el régimen del cesarismo merovingio, y los francos la sirvieron con fidelidad duradera porque veían en ella a los mejores elementos de su raza.

Desde la primera generación, las raíces de la familia carolingia estaban ya tan metidas en las simpatías populares, que a la muerte de Arnulfo y Pipino su autoridad pasó como herencia familiar a sus hijos, es decir: a Ansegisa y Grimoaldo. Pero Ansegisa fué arrebatada muy pronto por la muerte, y Grimoaldo no supo resistir a las seducciones de su brillante fortuna. Impulsado por una ambición malsana, quiso adelantar la hora del destino y apoderarse

<sup>1</sup> FREDEGAR., *Chronic.*, c. 58.

<sup>2</sup> JONAS, *Vita S. Columban.*, c. 57.

de aquella corona que veía ya a su alcance. Cuando murió el rey Sigeberto II, hizo desaparecer al heredero de aquel príncipe, menor de edad, y le sustituyó con su propio hijo. Este golpe de Estado, tan imprudente como odioso, no dió otro resultado que avivar la popularidad de la familia real, tanto más cuanto que el rey difunto era el que más la merecía entre todos los merovingios. La misma aristocracia, justamente alarmada por la ambición sin límites que revelaba la prematura tentativa de Grimoaldo, abandonó al audaz usurpador, que murió trágicamente en las prisiones del rey de Neustria <sup>1</sup>.

Cualquiera otra familia hubiera quedado hundida irremisiblemente con el desastre de su jefe; pero la memoria de Arnulfo y de Pipino continuaba protegiendo a sus descendientes, y apenas quedó velada pasajera por el crimen de uno de sus miembros. Austrasia permaneció fiel a la sangre de los carolingios, así como a sus tradiciones políticas; rechazó con todas sus fuerzas el restablecimiento de la autoridad de Neustria e hizo valer del modo más ostentoso sus pretensiones de autonomía. Cuando en el año 673 desapareció el último de los merovingios de Austrasia sin dejar sucesión, no le reemplazó, aun cuando existían príncipes de esta familia en el trono de Neustria, sino que se agrupó alrededor de un hombre en quien veía revivir a dos de sus héroes más queridos. Era Pipino de Heristal, que por su padre descendía de Arnulfo y por su madre de Pipino el Viejo.

Pipino de Heristal había compartido, como hijo de su pueblo, sus alegrías y sus dolores, y parecía encarnar sus reivindicaciones frente a la Neustria romanizada y a los merovingios degenerados. Hay algo de conmovedor en la fidelidad que le mostró la nación desde que apareció en escena y que le guardó aun en los días de desgracia, con ocasión de sus infortunadas luchas con Ebroin. Unida a él por los lazos más estrechos de solidaridad, le proporcionó recursos que le permitieron volver a comenzar la lucha de nuevo y en mejores condiciones; y así, después de la desaparición del poderoso mayordomo de Neustria, el duque de los francos —pues éste es el título que usaba— volvió a conducir vigorosamente a su pueblo al combate contra los sucesores del tirano. Una parte de los grandes de Neustria le habían llamado por sí mismos, ofreciendo a Austrasia el desquite de aquella intervención de Neustria en el año 613. Esta vez el éxito coronó los esfuerzos de Pipino; la victo-

<sup>1</sup> *Gesta regum Francorum*, c. 43; *Vita S. Remacli*, c. 21 (Bouquet).

ria de Tertry le entregó la Neustria y sus reyes, a quienes dejó la corona, pero que en adelante fueron sus vasallos, como dice con sencillez un cronista contemporáneo <sup>1</sup>.

Gobernó de lejos a ese país, lo mismo que a la Borgoña, mediante lugartenientes que colocó en ambos, pero conservó en sus propias manos la administración de Austrasia, que era su verdadero punto de apoyo. Desde los tiempos de Clodoveo no había vuelto a existir en Galia una autoridad tan fuerte y tan vasta; aún no había reaparecido la poderosa cohesión de la monarquía primitiva, pues Aquitania había sacudido el yugo y era gobernada por duques nacionales, pero ya se había restablecido la unidad de los tres pueblos que formaban el núcleo del imperio franco, y una misma voluntad presidía sus destinos. Austrasia rehacía, pero en provecho suyo y por cuenta de un principio nuevo, la obra que había deshecho en los primeros años del siglo. Después de haberse separado de Neustria, como para emanciparse de ella, se reunía hoy a ella para dominarla. Éste es el verdadero advenimiento de la nueva dinastía; aunque no lleva la corona ni está investida del título real, ya está sentada en el trono y maneja el cetro con mano vigorosa.

Cuando Pipino murió, su autoridad se encontraba afirmada de tal manera, que pudo tratar a su familia como a una verdadera dinastía, y legar las funciones soberanas de mayordomo de palacio en Neustria a un hijo menor de edad. Indudablemente, esto era una falta, y, como la de Grimoaldo, estuvo a punto de costar cara a la familia carolingia, pues el hijo desapareció en la tormenta revolucionaria que desencadenó la muerte de Pipino, y la obra política a la que éste había consagrado su vida estuvo a punto de hundirse con su dinastía y con su pueblo. Pero la Providencia velaba por el porvenir de la nación franca y de los descendientes de Arnulfo. Un hijo ilegítimo de Pipino, que se hizo dueño del poder, a pesar de las disposiciones de su padre y la oposición de su madrastra, fué el que continuó la empresa. Era Carlos Martel, quien, como su padre, elevó a la familia carolingia y salvó la unidad nacional. Más aún: cubrió de gloria militar sin igual a la naciente dinastía y coronó así la obra que debía dar a los francos el imperio del mundo y a él el cetro de los francos.

Los acontecimientos que siguieron a la muerte de Pipino ponen bien de relieve la gran importancia histórica de la nueva dinastía

<sup>1</sup> *Ann. Lauriss. minor.*, al principio. *perunt.* (*Mon. Germ. Hist., Script.*, tomo II, pág. 328.)  
Cfr. *Breviarium Erchamberti: Ex hinc reges nomen non honorem habere coe-*

carolingia. Para convencerse de ello, basta echar una ojeada sobre la extraña coalición contra la que tuvo que defenderse; las dos barbaries, la de la decadencia romana y la de las selvas germánicas, se aliaron entonces contra un joven que se encontraba, quizá sin darse cuenta de ello, convertido en campeón de la civilización cristiana. Los voluptuosos señores de las ciudades meridionales aunaron sus odios con los de los feroces aventureros del mar del Norte. Aquitanos, neustrianos y frisones se arrojaron a la vez sobre Austrasia; la derrota de este noble país hubiera sido la victoria del caos; pero la jornada de Vincy (717), coronando la de Tertry, sacó a salvo el porvenir de la civilización, haciendo definitivo el predominio de Austrasia.

Aduñado de todo el Imperio franco, Carlos Martel ni siquiera pareció darse cuenta de que hubiese reyes en Neustria: ni se dignó tomarse el trabajo de destituir a los que encontró en el trono, ni de reemplazarlos cuando murieron. A partir del año 737 los francos no tuvieron ya monarcas de sangre merovingia, y durante el resto de su reinado, la nación se fué acostumbrando tranquilamente al cambio de dinastía. De este modo se restableció definitivamente la unidad franca; salios y ripuarios, abjurando de las tendencias separatistas de otras veces, reconocían de nuevo, como en los días de Clodoveo, a un solo soberano nacional.

Carlos no se contentó con tan magníficos resultados. Después de haber restablecido la unidad del pueblo franco, quiso también restablecer la autoridad franca sobre los diversos pueblos que la reconocían en otros tiempos; no había uno solo de ellos que no se hubiese aprovechado de las perturbaciones de la época para emanciparse, y hubo necesidad de guerrear sucesivamente contra cada uno de ellos. Las tribus germánicas fueron las primeras que quedaron sometidas; las diversas expediciones acabaron por destruir la existencia nacional de los alamanes, cuyo ducado fué suprimido y convertido en provincia del Imperio franco. Baviera hubo de someterse e inscribir en su ley nacional las estipulaciones que consagraban la autoridad de los reyes francos sobre sus duques <sup>1</sup>. Los sajones fueron castigados y obligados de nuevo al tributo que pagaban a los hijos de Clodoveo. Los frisones, no menos temibles y bárbaros, fueron domados, privados de su autonomía y obligados a respetar a los misioneros que llevaban la buena nueva a su patria. Borgoña y Aquitania, las dos conquistas más antiguas de la raza de Meroveo, fueron

<sup>1</sup> *Lex Bajuvar.*, I y II, 1-19.

las últimas en inclinarse ante su hegemonía naciente. Los grandes de estos dos países no habían rehusado aliarse con el enemigo irreconciliable del nombre cristiano para hacer frente al héroe victorioso; Eudes de Aquitania había tomado como yerno a un jefe musulmán, y hubo magnates borgoñones que hasta llegaron a entregar a los árabes la ciudad de Arles. Tales traiciones no preservaron a Borgoña de la justa venganza de Carlos, ni a Aquitania de los ultrajes de sus propios aliados, contra los cuales obtuvo por fin el apoyo del príncipe carolingio.

Por otra parte, aun antes de la sumisión definitiva de estas dos provincias, el genio militar de Carlos y su infatigable actividad le habían convertido en árbitro soberano de los destinos de Occidente. De los Pirineos al Weser todos los pueblos reconocían la supremacía del pueblo franco, que, frente a tantos adversarios paganos, había vuelto a ser el campeón invencible de la civilización cristiana.

Llegaba a tiempo: en aquel mismo momento se acumulaba la tempestad más espantosa que jamás haya amenazado a la sociedad europea. El islamismo, nacido en las arenas de Arabia, de la cabeza de un voluptuoso iluminado, se había esparcido como un torrente sobre todos los países; en tres generaciones había llegado al extremo oriental de los confines del mundo conocido, puesto que alcanzó hasta las riberas del Ganges, mientras que en Occidente no había encontrado otros límites que las columnas de Hércules y las olas del Atlántico. Sólo Bizancio, ciudadela inconquistable, había protegido al mundo europeo de la inundación; pero tal protección, eficaz en el siglo VII, había dejado de serlo en el VIII.

En efecto, lanzándose desde las riberas de Calpe contra las costas de Hesperia, los salvajes conquistadores habían derribado de un solo golpe el reino visigótico, y ahora, cayendo como un alud sobre las provincias que se extienden al norte de los Pirineos, atacaban por la espalda a aquella civilización cristiana, a la que acababan de flanquear mediante una maniobra gigantesca a través de todo el norte de África. El ducado de Aquitania se había hundido ya al ruido de sus pasos, y Eudes, el adversario implacable de los francos, se refugiaba tembloroso al lado de sus enemigos de ayer, convertidos ahora en hermanos por la comunidad de desgracias y de creencias. Sobre las ruinas de las ciudades incendiadas y saqueadas, la inundación extendía sus oleadas hasta las llanuras del Loira, en el propio corazón del poderío franco; todo el mundo huía espantado ante un enemigo que parecía haber cerrado pacto con la victoria. Sólo habían transcurrido cien años desde la muerte de

Mahoma, en Medina, y sus secuaces hacían brillar ya sus cimitarras sobre la última nación del mundo capaz de resistirles. No les quedaba más que una batalla por ganar: si la lograban, su diluvio destruiría toda la civilización cristiana y Europa quedaría entregada al Islam.

En este momento solemne fué cuando apareció el bastardo de Pipino de Heristal; reuniendo apresuradamente a los valientes guerreros de aquel ejército que había conducido a tantas victorias, corrió a oponerse a los invasores, a los que encontró cuando salían de Poitiers y tomaban la antigua calzada romana de Tours. Durante siete días la cruz y la media luna permanecieron frente a frente en los campos de Galia en inacción dramática, como si, espantados de lo que iban a hacer, los combatientes hubieran querido recogerse antes de comenzar una lucha de la que dependía el porvenir del mundo. Carlos arrojó por fin en los platillos de la balanza el peso de su espada invencible, y la victoria fué de los soldados francos. Desde entonces nunca volvió a reaparecer el islamismo en aquellas llanuras gloriosas en donde había derramado su sangre mejor; se dejó rechazar más allá de los Pirineos, mientras llegaba el día, no lejano, en que el nieto del vencedor de Poitiers le llevase a la misma España los terrores y las angustias de la invasión.

Cosa extraña: un acontecimiento de alcance tan inmenso ha pasado casi inadvertido ante los ojos de los cronistas, que sólo lo mencionan en unas cuantas líneas, mezclándolo con los diversos hechos de la época; análogamente, la poesía popular, que tan a menudo se equivoca de dirección, no ha encontrado otro a quien celebrar en la larga lucha con el Islam más que al oscuro vencido de Roncesvalles. Pero el lugar que le rehusó la epopeya, lo ganó Carlos en la historia. Acababa de fundar su dinastía en el esplendor de un triunfo sin precedentes, que el reconocimiento de los pueblos no puede recompensar más que por la concesión de la corona.

Europa se había salvado y el Imperio franco se había consolidado: resultado prodigioso y que la civilización nunca pagaría suficientemente. ¿A qué precio se obtuvo? A través de las tinieblas que envuelven a aquellos tiempos perturbados no es fácil prever cómo pasaron las cosas, y sólo nos queda el recurso de adivinarlas. Lo cierto es que, atacado Carlos por todas partes, y no teniendo otro título para mandar que el de un mérito aún ignorado, tuvo que fabricarse en seguida su partido. Ni aun en Austrasia se agruparon todos sin vacilación alrededor de una causa casi desesperada y cuyo